

—Pues bien,—repuso des Essarts, despues de reflexionar por algunos instantes,—la suerte está echada: que el duque de Borgoña se presente dentro de una hora en la puerta exterior de la Bastilla, y me rendiré à él.

El parlamentario se retiró, y bajado una hora despues el puente levadizo de la puerta exterior, el duque de Borgoña y des Essarts se encontraron cara á cara.

—Monseñor,—dijo el preboste,—ya veis que tengo plena confianza en vuestra palabra: la guarnicion de la fortaleza ha depuesto las armas, y va á salir; espero que no se le haga insulto alguno.

—Respondo de ella como de tí, Pedro,—respondió Juan sin Miedo:—toma mi brazo: muy audaz seria el que se atreviera á insultarte en semejante compañía.

Des Essarts, cogiendo al duque del brazo, penetró por entre la muchedumbre armada, que proferia gritos de furor.

—Es una traicion, monseñor?—preguntó el ex-preboste.

—Pierde cuidado, amigo mio,—repitió el duque:—por sobre mí habian de pasar para llegar hasta tí.

Entónces hizo Juan sin Miedo una seña á los soldados que formaban su escolta, y el gentío, aunque siempre amenazando, le abrió paso.

—Pero á dónde me lleváis?—volvió á preguntar de pronto el preboste.

—A lugar seguro, por Cristo, donde nada tendrás que temer de esta canalla.

Un cuarto de hora despues entraban ambos en el patio del Louvre: el duque instaló personalmente á des Essarts en un cuarto, á cuya puerta puso centinelas, y en seguida se retiró, por tener, segun dijo, que tomar sus providencias para acabar de restablecer el órden.

Des Essarts comenzaba á sentir el cambio de prision, porque en la que acababa de dejar siquiera mandaba, al paso que en la nueva estaba á merced de sus enemigos. Esperaba con impaciencia la vuelta del duque de Borgoña, que habia prometido regresar cuanto antes á comunicarle como habian pasado las cosas; pero trascurrió la noche sin que se presentara. Al amanecer, entraron unos soldados y le mandaron que caminara entre ellos. En vano recordó la palabra del duque; no se le contestó, y fué llevado al Châtelet, donde halló una comision reunida para juzgarlo.

Se comenzó por leer la acta de acusacion formada en su contra, y cuyo capítulo principal consistia precisamente en el robo de los dos millones de escudos de oro de que le habia hablado el parlamentario.

—Soy inocente,—respondió,—y el duque de Borgoña lo sabe mejor que nadie, por lo cual tengo la persuasion de que no me abandonará en esta ocasion.

El presidente del tribunal no replicó; pero sí hizo una seña á los atormentadores que estaban en un rincon de la sala, los cuales cogieron al ex-preboste para entregarlo á la tortura.

“Sintió tronar sus huesos entre los garfios de fierro que se los despedazaban,” dice un historiador; “sintió alargarse y encogerse sus miembros, estrecharse ó

“ensancharse su vientre al antojo del verdugo, y soportó esas terribles pruebas “sin desmentirse, sin confesar nada.”

Sintiéndose morir, el desventurado pidió un confesor. En el acto se presentó un sacerdote que se le acercó y le dijo en voz baja:

—Contais con el duque de Borgoña, á quien duele en el alma no poderos sacar de aquí. Ha negado su firma, segun habia prometido; pero entónces el delfin os ha acusado á la vez de ladron y de falsario. No hay para vos mas que un camino de salvacion: el de confesaros culpable.

—No lo soy.

—No importa. Si no lo sois vos, lo es el duque; y es indispensable que lo salveis, para que él á su vez pueda salvaros.

—No: conozco que estoy vendido, sacrificado; que se cumpla mi destino.

—Ved que van á continuar los tormentos.

—Hago el sacrificio de mi vida; caiga mi sangre sobre los traidores que la hayan hecho derramar.

El sacerdote se alejó, y los verdugos volvieron á su tarea; pero el desgraciado preboste habia presumido demasiado de sus fuerzas: apénas se renovaron los tormentos, cuando se desmayó. Al volver en sí, toda su fuerza de voluntad lo habia abandonado, y á la pregunta: “Os confesais culpable?” que se le repitió, miéntras se preparaba la tortura extraordinaria, contestó con voz apagada:

—Confieso todo.

—Incluso el hecho de la apropiacion de los millones de escudos de oro?

—Lo mismo ese que los demas, porque á quien va á tener á Dios por juez, ¿qué le importa el juicio de los hombres?

Se le condenó á ser decapitado, y escuchó como con indiferencia la lectura de su sentencia de muerte; pero el amor á la vida no tardó en despertarse, pareciéndole imposible que el duque de Borgoña, no lo libertara de la ignominia del último suplicio. “Vivia en su prision bastante tranquilo,” dice Anquetil, “confiado en la promesa que le habia hecho el duque de Borgoña cuando se le rindió. Pero el pueblo lo sacó de la cárcel arrastrándolo, y lo condujo luego en una carreta al lugar del suplicio. El continuaba esperando ser libertado en el “camino, y sonreia al pueblo; pero si su antiguo protector no le buseó la muerte, no dió por lo ménos paso alguno en su favor. Se cortó à des Essarts la cabeza, que se clavó en una pica, y despues se colgó en las horcas patibularias de “Montfoucon.”

Los parisienses empero comenzaban á cansarse de tantas agitaciones, de tanto derramamiento de sangre: el partido del delfin y de los Orleanistas crecia todos los dias: el duque de Borgoña pronto se vió enteramente abandonado: tomó la huida, despues de haber procurado en vano apoderarse del rey y del delfin. El pueblo empezaba á respirar; pero aquello no era mas que una especie de alto en la senda de los disturbios y de las desgracias.

Apénas habia salido de Paris el duque de Borgoña, cuando el rey de Inglaterra

ra desembarcó en Normandía á la cabeza de un ejército formidable. Renovóse la guerra con furor; los franceses perdieron la famosa batalla de Azincour, el 25 de Octubre de 1415, y el de Borgoña se aprovecha de este desastre para marchar sobre Paris con fuerzas considerables. Aliase luego con los ingleses y la reina llamada con tanta justicia la infame Isabel.

Entretanto Paris resistía: diversos complots encaminados á entregar la capital á los Borgoñones ó á los ingleses, habian sido sucesivamente descubiertos; pero en 1418 entrega Perinet Leclerc la puerta de San German á los Borgoñones, que entran en Paris gritando: *La paz! la paz! viva Borgoña!* En un instante engruesa la tropa con todos los partidarios que Juan sin Miedo conservaba aun en la capital. El palacio de San Pablo es asaltado y sus puertas forzadas, mientras otros destacamentos atacan la casa del canceller, y de los demas ministros, que son arrestados y llevados á la cárcel.

“Al primer grito de alarma,” dice un historiador, “vuela Tannegui du Châtel al palacio del delfin, lo coje en sus brazos casi desnudo; apenas despierta, lo traslada á la Bastilla, de la que era él gobernador, y de allí á Melun. Luego regresa á Paris, á la cabeza de una tropa bien determinada, penetra por la calle de San Antonio, y libra un terrible combate á los Borgoñones; pero es rechazado, y la Bastilla se ve obligada á rendirse.”

Poco tiempo despues, Juan sin Miedo era asesinado en el puente Montereau; mas esto no mejoró la situacion de la Francia, que estaba casi completamente en poder de los ingleses. Dueño del Louvre, de Vincennes y de la Bastilla, Enrique V dominaba en Paris por medio del terror.

Apareció en fin Juana de Arco; pero las hazañas de aquella heroína hacian todavía mas terrible la suerte de los habitantes de Paris, “pues hablando con verdad,” dice un cronista, “ni los judíos llevados en cautiverio á Caldea, fueron peor tratados que el pobre pueblo parisiense, en razon de que nadie se atrevia á salir sin licencia, ni á llevar nada sin pasaporte, aunque fuese cosa de muy escaso valor, y se decia: *si vais á tal lugar, volved á tal hora, ó no volvais.*”

En aquella época de funesta recordacion, cierto número de oficiales franceses hechos prisioneros de guerra, habian sido encerrados en la Bastilla, donde mandaba un capitan ingles de una rapacidad sin igual. Varios de aquellos desventurados cautivos habian procurado evadirse; pero no lo habian logrado por falta de cooperacion exterior. Imaginaron entónces coligarse para pagar el rescate de uno de ellos, que libre ya, pudiera trabajar eficazmente en libertar á los otros. Encomendando á la suerte la eleccion del encargado de tan difícil empresa, le tocó á un tal Du Clerc, que jóven intrépido, dotado de una fuerza fisica extraordinaria, parecia reunir todas las cualidades necesarias para el buen éxito de la empresa.

Du Clerc pidió audiencia al carcelero inglés, y ofreció pagar su rescate: el codicioso capitan esige doscientos escudos de oro, suma enorme en aquel tiempo de

espantosa miseria, y que solo lograron reunir los prisioneros despojándose de cuanto habian conservado.

—Haceis un buen negocio,—dijo Du Clerc al capitan ingles, al contarle el dinero,—porque en cuanto yo salga en libertad, voy á trabajar sin descanso por la de mis compañeros.

—Hola,—contestó el ingles frunciendo el entrecejo.—Y de qué manera?

—De la mas sencilla. Un primo mio viejo y enfermo que ha pasado su vida en prestar á usura, y que es hoy seguramente el mas rico vecino de Paris, no vacilará sin duda en adelantar el dinero necesario, cuando le haya probado que una vez libres mis amigos, estarán en disposicion de reembolsarlo con el interes de un veinte por ciento. Podeis, pues, contar con mi próxima visita y espero que no tendreis dificultad en recibirme.

—No por cierto, con tal de que volvais con la bolsa bien provista, porque se me figura que he andado muy parco con vos; pero está dada mi palabra, y mi lealtad os sirve de salvaguardia.

El oficial salió: volvió el dia siguiente, y el capitan lo vió con ceño, porque no llevaba las bolsas llenas; mas du Clerc le hizo recobrar su buen humor, diciéndole que su pariente estaba listo en pagar, siempre que le otorgara una obligacion cada uno de los presos á quienes iba á rescatar, y que para recabarlas tenia él (Du Clerc) necesidad de apersonarse con sus amigos.

—No nos paremos por tan poco,—contestó el ingles:—deben estar ahora en el patio de desahogo y allí voy á llevaros.

Du Clerc estuvo pronto entre sus compañeros.

—Preparaos para esta noche,—les dijo.—Habrá sin duda necesidad de andar á puñaladas; pero no debe pesarnos despedirnos así de estos malditos ingleses, y aquí os traigo con que decirles adios.

Pronunciadas estas palabras á hurtadillas del capitan, que se habia quedado cerca de la puerta, du Clerc se volvió hacia él y dijo:

—Segun habia calculado, estos señores consienten en obligarse por escrito. Tened la bondad, señor gobernador, de darnos recado de escribir: tambien eso entrará en la cuenta.

La peticion era de lo mas natural, y el ingles no pulsó inconveniente en ir á traer tinta, pluma y papel. Entónces hizo du Clerc que sus amigos formaran círculo en torno suyo, á fin de que la centinela apostada en una plataforma que dominaba el patio, no pudiese ver sus movimientos y sacó en el acto de debajo de sus vestidos unos puñales que habia escondido de la manera mas ingeniosa, llevándolos hasta en el calzado, perfectamente cubiertos. Cada cual cojió el suyo y la operacion se efectuó con tanta rapidez, que cuando regresó el gobernador, du Clerc habia reparado ya completamente el momentáneo desorden de su ropa. Se sentó en un banco, y estuvo escribiendo bastante tiempo.

—El documento debe estenderse por duplicado,—dijo á sus amigos: firmad este tanto y guardad este otro.

Y dió á uno de ellos una de dos hojas de papel, que se guardó en la bolsa el que le recibió, poniendo luego todos su firma en el otro que enseñó du Clerc al inglés, á quien preguntó si queria leer su contenido. El capitán lo recorrió rápidamente, y declaró que nada tenia que objetarle, y que estaba pronto á cumplir su palabra, á razon de doscientos escudos de oro por barba.

Du Clerc avisó que volveria poco despues de anochecer para que la salida se verificara sin ruido, lo cual no podia ménos de agradar al gobernador, cuya conducta en el negocio era bastante ilícita.

—Opino,—agregó du Clerc, en tono de completa indiferencia,—que hariais bien en dejar á mis amigos aquí hasta mi vuelta, para evitar el movimiento que seria indispensable, si hubiera que ir por cada uno á su cuarto; pero vos procederéis como mejor os parezca.

—Oh!—contestó el gobernador con una risita de canchero,—bien sé que no están provistos de alas, y aun cuando las tuvieran, los cazadores situados en las murallas les tirarian al vuelo, sin errar un solo tiro.

Fuese du Clerc, y sus amigos, que permanecieron en el patio, se formaron de nuevo en círculo para imponerse de las instrucciones que les habian dejado, pues ya se habia advertido que el papel dado á uno de ellos en nada se parecia al presentado al gobernador.

Una hora despues de puesto el sol, volvió du Clerc como habia prometido. Se habian dado órdenes para que entrara sin dificultad hasta la habitacion del gobernador, que se puso alegre como unas pascuas cuando vió una especie de saco grande que se dibujaba debajo de la capa del jóven oficial.

—¡Cáscaras!—dijo—Ha aflojado las monedas el viejo judío?

—No me ha costado poco trabajo; y anduve con tantos repulgos, que ni tiempo he tenido de contar el dinero.

—No, pues yo no recibo sin contar,—replicó el capitán.

—Hacéis bien. Aunque no falta mas que un escudo, iria á buscarlo corriendo. Así, pues, á contar.

—Vamos, vamos. Pasad por aquí: ya sabeis que las paredes tienen oídos; pero me consta que las de este cuarto contiguo son sordas.

Tomó una vela, hizo entrar al oficial á una pieza que servia de gabinete, acercó dos sillas á una pesada mesa de encino, é hizo seña á du Clerc de que se sentara. El oficial pareció acceder á la invitacion; pero se tropezó de propósito con una mesa, y al punto cayeron en el suelo y se dispersaron en todas direcciones algunas monedas de oro, que se le salieron por debajo de la capa. Obedeciendo á su instinto codicioso, el inglés, que no habia soltado la vela, se agachó para recoger el oro que rodaba á sus piés. Al punto, violento como un rayo, se precipita du Clerc sobre él, y le pone una gruesa mordaza, sin darle tiempo de gritar; y sacando de debajo el supuesto saco, que no era sino una enorme pelota de fuertes cuerdas, amarró al señor gobernador sólidamente, desde los hombros hasta los piés.



Luego se apoderó de un manajo de llaves puesto sobre la mesa, y corrió por el corredor que conducía al patio, donde sus amigos lo esperaban con impaciencia. Al "quién vive" del primer centinela, contesta con una puñalada: el soldado cae muerto, y du Clerc sigue adelante. Llegado á un recodo, se encuentra cara á cara con un llavero provisto de una linterna; lo derriba de otra cuchillada, y le quita las llaves. Llega por fin á la puerta del patio de desahogo y logra abrirla. Sus amigos le siguen en silencio. Había estudiado tan bien las localidades, que todos llegaron sin dificultad hasta el primer patio de salida; pero allí se escucha un formidable "quién vive;" y antes de que el intrépido du Clerc ó alguno de sus compañeros hubieran podido deshacerse del centinela, resuena un arcabuzazo, y el grito de *á las armas* sale de todos los ángulos de la fortaleza. En un abrir y cerrar de ojos se encuentran rodeados los fugitivos, en número de diez ocho á veinte, por mas de doscientos soldados. Amigos,—dijo du Clerc,—tenemos que abrirnos paso entre ellos: no hay otro camino, y juro por vida mia que no he de dar un paso atras.

Arrójanse todos sobre los ingleses: entáblase una lucha horrible: la sangre corre en abundancia. No tardan en sucumbir dos terceras partes de los franceses; pero esto no hace mas que aumentar el furor de sus compañeros, que contiñan batiéndose como desesperados. Pocos instantes despues, no quedaba en pié mas que du Clerc: vuélvese, y al ver á todos sus compañeros muertos ó moribundos, esclama:

—Amigos, vosotros habeis pagado mi rescate; mi vida es vuestra por entero, y quiero perderla completamente.

Y continúa combatiendo con rabia á los ingleses que lo rodean, hasta que cae al fin, y veinte lanzazos lo clavan en el suelo. En aquel momento llega al lugar del combate el gobernador, á quien se habia desatado.

—Victoria!—gritan los ingleses.

—Malditos seais!—contestó el capitan furioso, abofeteando á los primeros soldados que encuentra al paso.—Bonita hazaña habeis hecho, pícaros... me habeis robado cuatro mil escudos de oro!

No era la muerte de tantos valientes lo que deploraba aquel avaro, sino la pérdida del dinero que habia esperado ganar. No podía negar de qué pais era.

Entretanto habian muerto Carlos VI y Enrique V, rey de Inglaterra: Isabel de Baviera no les sobrevivió mucho tiempo. Carlos VII habia sido consagrado en Reims: sus armas triunfaban en todas partes, y era inevitable la rendicion de la capital. "Costó ménos que la de un poblacho," dice un historiador. "Los habitantes estaban cansados de facciones y se encontraban entónces agobiados con el yugo de la inquisicion mas suspicaz y mas cruel. Algunos vecinos valerosos aprovecharon la oportunidad de haber derrotado á los ingleses el condestable de Richemont en San Dionisio, para tratar con él. No necesitaron para convenirse mas que de unas cuantas conferencias, en las que pidieron una amnistía general para sus conciudadanos, y la confirmacion de sus privilegios.

“Otorgado todo por el rey, el día convenido favorecen el escalamiento de las murallas y la ruptura de las cadenas de los puentes levadizos, é introducen así al condestable por la puerta de Santiago.

—“Amigos míos, dijo el condestable á los vecinos que lo saludaban con regocijadas aclamaciones, el buen rey Carlos os agradece de todo corazón, y yo en su nombre, el que tan suavemente le hayais devuelto la capital de su reino; y si alguno, de cualquiera condición que sea, ha delinquido contra su soberano, todo se le perdona, esté ó no ausente.”

Al día siguiente por la mañana todo estaba tranquilo en París, adonde llegaban víveres en abundancia. El mismo día, por orden del condestable, y mientras el rey mandaba otra cosa, la justicia prosiguió su curso, aunque el parlamento no se completó hasta algunos meses después, con la reunión de los magistrados de Poitiers.

La guarnición que los ingleses tenían en París se había refugiado en la Bastilla. “Pero mucho se sorprendieron,” dice un cronista á quien ya hemos citado, “cuando se vieron encerrados allí, pues eran tantos que ya no cabían, y pronto les habría acometido el hambre, si el condestable no les hubiera otorgado salvoconductos para salir sanos y salvos, y así desocuparon la fortaleza el martes 17 de Abril de 1436.”

Hasta entonces la Bastilla había sido más bien una plaza de guerra que una cárcel, y apesar de que la tiranía había hecho ya derramar allí muchas lágrimas de sangre, sus murallas más habían servido para la defensa del país, que para la venganza de los soberanos, bajo cuya opresión gemía. Pero se acercaba el tiempo en que la hipocresía y la ferocidad, coronadas en la persona de un descendiente de Hugo Capeto, iban á convertir la fortaleza en mansión de torturas y dolores, en lugar fúnebre y terrible, á cuya entrada se hubiera podido poner esta inscripción: *Al franquear esta puerta, hay que dejar la esperanza en el quicio.*

Si la Bastilla no hubiese existido, se puede creer que Luis XI la habría inventado; pero si no la inventó, la acomodó tan bien á sus gustos, á sus instintos de reptil, á su innata ferocidad, que hubiera podido reclamarla como obra enteramente suya.

Sabido es que ese príncipe cubrió la Francia de cárceles y cadalsos: nunca le faltaron verdugos, atormentadores, asesinos. Verdad es que los trataba como á iguales, y por cierto que no es fácil designar quién del amo ó del criado salía perdiendo en esa nivelación.

El número de personas á quienes Luis XI mandó dar muerte, no baja de cuatro mil. Había hecho construir jaulas para encerrar y torturar á los infelices sentenciados á la última pena.

“Esas jaulas eran de madera,” dice Comines, “aferradas de garfios de hierro. El rey había mandado hacer á unos alemanes, grillos muy pesados y molestos para los piés, con una argolla muy difícil de abrir, y una cadena gruesa y pesada

“terminada en una gran bola de fierro, de peso muy superior al que hubiera debido tener. Se les llamaba las hijitas del rey.”

A la cabeza de los carceleros de que hizo Luis XI tan prodigioso consumo, merece ser puesto Felipe de Melun, que fué el primer gobernador de la Bastilla durante su reinado.

### III.

Guillermo de Haraucour, obispo de Verdun.—El duque de Alençon y el conde de Saint-Paul.—Suplicio de Santiago de Armagnac, duque de Nemours.—Torturas de los hijos de Santiago de Armagnac.

Las primeras víctimas de Luis XI en la Bastilla, fueron Guillermo de Haraucour, obispo de Verdun, acusado de traición, y que murió en dicha cárcel; el duque de Alençon, padrino del monarca su verdugo; y Pedro de Luxemburgo, conde de Saint-Paul y condestable, acusados de haber intentado desmembrar la Francia. El duque de Alençon, que fué á quien primero se aprehendió y condujo á la Bastilla, fué juzgado por el parlamento y condenado á muerte. El rey le hizo gracia de la vida; pero lo retuvo en la cárcel, donde murió. Habiendo sabido el conde de Saint-Paul que le estaba reservada igual suerte, se retiró al lado del duque de Borgoña, quien á solicitud del monarca, se comprometió á entregar al condestable, con la condición de ser puesto en posesión de todos sus bienes.

Saint-Paul, que sospechó esta traición, resolvió pasar á Alemania; pero luego cambió de parecer, y pidió un salvo-conducto al duque de Borgoña Carlos el Temerario, para dirigirse á Ham, que le pertenecía, y en donde esperaba poderse defender. Aunque el salvo-conducto le fué otorgado, se habían tomado las medidas oportunas para que no le sirviera de nada; y llegado á Perona, su propia escolta entregó al desventurado conde á los oficiales enviados por Luis para apoderarse de su persona, con orden de conducirlo á la Bastilla, y de meterlo por la puerta que caía al campo, por temor de que el condestable, que era muy amado del pueblo, lograra efectuar un levantamiento.

Recibió al conde en la fortaleza Felipe L'Huillier, que había sucedido como gobernador á Felipe de Melun, y á quien acompañaban por orden del rey, Pe-